

DESASTRE Y POSIBILIDAD POST-TERREMOTO. PISTAS PARA REORGANIZAR LAS IDENTIDADES EN EL MARCO DEL BICENTENARIO*¹**DISASTER AND POSSIBILITY POST-EARTHQUAKE. TRACKS FOR REORGANIZATION THE IDENTITY IN THE FRAME OF THE BICENTENARY****Alejandra Brito Peña**

abrito@udec.cl

Universidad de Concepción

Concepción, Chile

RESUMEN

Nuestra idea a través de este artículo es proponer una reflexión desde las particularidades de nuestro propio devenir a partir de una mirada crítica hacia la historia del país. Dicha mirada se sustentará desde la fragilidad social revelada por el terremoto hasta la soberbia del ser humano frente a la naturaleza pasando por las dispares reacciones masculinas y femeninas en este contexto. La región de Concepción servirá de marco referencial y el terremoto de destructor de mitos nacionales y regionales.

Palabras claves: terremoto, región, Concepción, género

ABSTRACT

The idea we will develop in this article is to propose a reflection from the peculiarities of our own future starting with a critical look on the history of the country. This look will be alimented from the social fragility revealed by the earthquake to the arrogance of the human being in front of nature passing by the different masculine and feminine reactions in this situation. The Concepción Region will constitute the referential framework and the earthquake as a destroyer of national and regional myths.

Key words: earthquake, region, Concepción, mankind

* Artículo recibido el 29 de abril de 2010; aceptado el 25 de mayo de 2010.

¹ Docente en la Universidad de Concepción.

Introducción

A pocas semanas de transcurrido el terremoto y maremoto de 27 de febrero una amiga me comentaba, con algún sesgo de angustia, aunque en un lenguaje más anecdótico, que ya no sabía qué hacer con su esposo que dormía vestido en un sillón de la pieza con una linterna en una mano y en la otra una mochila con tantos víveres que no era muy práctica en caso de tener que efectivamente arrancar, que insistía en que ella durmiera con las “niñitas” (de 14 y 20 años) y que se negaba a que se retomara, al menos en las noches, el ritmo habitual de la casa. Relatos como este circulan de manera recurrente, aunque ya han pasado varios meses del terremoto y es a partir de esas experiencias que quiero abrir la reflexión.

Hoy día existe una sensibilidad especial en torno a cómo nos instalamos frente a la celebración de los 200 años de vida independiente. El Bicentenario es una invitación a reflexionar desde las particularidades de nuestro propio devenir, para desde allí ir generando una mirada crítica sobre la historia de nuestro país. El problema se presenta al tratar de definir desde dónde hablamos, cuál es nuestro lugar de producción frente a la necesidad de remirarnos y visitar nuestro país y su historia. El hablante en esta oportunidad lo hace desde la disciplina histórica, desde los estudios de género y desde su experiencia penquista. Desde esos condicionantes es que pensar en el 2010 como año del Bicentenario introduce necesariamente en la mirada desde el hoy, y para quienes habitamos estas tierras sureñas tiene un punto de inflexión obligado, el 27 de febrero. Considerando en primer lugar, las interpelaciones que la experiencia del terremoto le hacen a la sociedad que hemos construido en estos doscientos años de vida independiente y, en segundo lugar, el cómo las experiencias cotidianas frente a los efectos del terremoto y maremoto interpelaron las formas en las cuales reaccionamos y nos relacionamos hombres y mujeres.

El terremoto y maremoto vividos en el año del Bicentenario va a marcar nuestra posibilidad de pensar nuestras identidades culturales. Esto puede tener al menos dos miradas: por un lado, el analizar los efectos sociales de los desastres naturales y cómo éstos determinan los modelos de sociedad a lo largo de estos 200 años, lo que hoy en día constituye uno de los referentes centrales para pensar **la región**; y, por otro lado, el mirarnos a nosotras/os mismas/os, desde nuestras experiencias individuales y colectivas y pensarnos **en la región** con sus desastres naturales. Estas dos miradas encierran perspectivas de análisis bien distintos y marcan historicidades diferentes.

Pensar la región

En el primer caso, implica pensar qué nos enseña un terremoto como el vivido hace unos meses y cómo nos ponemos de acuerdo como sociedad para reconstruir una zona tan devastada como la nuestra, cuáles son las urgencias y cuáles son las decisiones políticas más adecuadas para enfrentar una crisis como la que estamos viviendo. A ese respecto se podría hablar mucho y creo que todas/os tenemos alguna evaluación de los hechos y desde ella hemos elaborado alguna propuesta que -como pocas/os tenemos el poder de la decisión- hemos discutido en la sobremesa familiar o en grupos de amigas/os. Particularmente, creo que el terremoto nos dejó en evidencia nuestra fragilidad social y nos puso una vez más enfrente de nuestros ojos que no somos los “jaguars de América”, que los ritmos de desarrollo son más lentos de lo que esperábamos y que no nos alejamos de las experiencias latinoamericanas como quieren, quienes detentan el poder de turno, y que intentan convencernos que ya podemos compararnos con los países desarrollados del primer mundo. El terremoto nos mostró que no estamos ni cerca del anhelado desarrollo, ese que en cada discurso presidencial se nos promete y que parece ser un esquivo amante que permanentemente nos rehúye. A mi juicio nos enfrentamos a dos problemas claves.

El primero es el modelo de desarrollo que se nos aparece como el anhelado, el éxito social y personal se mide en relación al cumplimiento de metas e indicadores que parecen trazados lineal y ascendentemente. Sin abandonar totalmente el pensamiento ilustrado clásico estamos en busca del progreso, lo que muchas veces provoca dar la espalda a nuestro entorno y a nuestras verdaderas necesidades. Desde esa perspectiva la historia de nuestro país ha tendido a mirarse desde las continuidades, que nos muestran un camino de progreso y de profundización democrática. En ese contexto los primeros 100 años de historia independiente, se consideran indispensables en la configuración de un sistema político y económico que le diera estabilidad y propiciara el crecimiento necesario para el desarrollo de una nación con un posicionamiento a nivel latinoamericano, bien relacionado en el contexto internacional y con posibilidades de consolidar un proceso de cohesión social dirigido desde arriba, por las elites dominantes. Todo lo cual se tradujo en la consolidación hacia el centenario de un sistema económico y político explícitamente excluyente, que permitió la acumulación de capitales, a partir de una escasa participación del aparato estatal, transformado en un agente regulador de los intereses privados, que prometían llevarnos por la senda del desarrollo, bajo un modelo liberal que confiaba en las capacidades individuales de las elites nacionales y su inserción en los circuitos económicos internacionales. Pero ya en la celebración del centenario, las fisuras del modelo se hacen evidentes. El siglo se inaugura con múltiples explosiones sociales y con la presión por irrumpir en la historia de nuevos actores, que ya hacia los años veinte son claramente reconocidos y comienzan a transformarse en portavoces válidos, entre ellos las clases medias y los obreros, y en un proceso menos explosivo, pero no menos importante, entran en la escena pública de nuestro país las mujeres. Así, la historia del siglo XX transita hacia la profundización democrática que inaugura al menos unos 40 años, donde los niveles de participación efectivamente crecen y donde se construyen los sueños de país que incorporan nuevas formas y nuevas luchas, que se cierran abruptamente en 1973. Los oscuros años de la dictadura militar cambian el devenir histórico y son capaces de construir nuevas formas de imaginarse el futuro, que se instalan como un modelo de desarrollo, que la Concertación, aun con el énfasis puesto en la equidad, no logra –o no quiere– revertir. Nuevamente se nos convence que podemos llegar por esa senda a convertirnos en un país desarrollado.

El terremoto -sin embargo- nos enfrentó a nuestra realidad, no somos un país desarrollado y nuestras precariedades son tan evidentes que generan una frustración total. Por ello creo que le hemos dado demasiada cobertura al tema de las responsabilidades: que por qué no se dio la alerta de tsunami, por qué las autoridades no reaccionaron con la celeridad esperada, si tuvo o no la Presidenta el liderazgo suficiente para enfrentar la crisis, por qué las FFAA no obedecieron a la Presidenta, etc., etc. Me pregunto si todos hubieran actuado según lo esperado, ¿no se habrían producido los mismos daños? Es cierto que algunas personas que murieron (que fueron pocas considerando la magnitud del desastre) a lo mejor se hubieran salvado. Pero eso no hubiera detenido la caída del edificio Alto Río, ni todos los edificios céntricos de Concepción que no tenían más de 5 años de construcción y que están con orden de demolición. Más bien deberíamos preguntarnos, como país desarrollado que queremos ser, ¿cómo se están fiscalizando las construcciones?, ¿cuáles son las normas antisísmicas que deben cumplir?, ¿cuánto más le hubiese costado a las constructoras construir edificios seguros? Muchos se trataron de justificar diciendo que el suelo era el problema, ¿no se deben hacer estudios de suelo antes de construir?, ¿no es un modelo de desarrollo cada vez más desregulado y un sector privado cada vez más interesado en las ganancias al que deberíamos pedirle explicación? Creo que el Bicentenario se convierte en una oportunidad de transparentar esas falsas expectativas del desarrollo, ya que los hechos acaecidos el 27 de febrero, dejan en evidencia, no sólo nuestras fragilidades, sino las limitaciones de nuestro desarrollo.

El segundo problema al que hay que hacer frente en este intento de reflexión sobre los 200 años, es la “soberbia” con que nos enfrentamos como seres humanos frente a la naturaleza. En

la medida que nos convencimos que avanzamos a pasos agigantados hacia el desarrollo, vamos construyendo un sentimiento de supremacía, podemos afirmar que hemos perdido nuestra capacidad de dialogar con nuestro entorno natural, le hemos dado vuelta la cara al mar y a nuestros ríos y, por otro lado, hemos subvalorado los saberes populares. Lo que sorprende de la reacción frente al terremoto es la falta de memoria histórica, se nos olvidó completamente que somos un país sísmico. Sólo como dato entre 1520 y 1906 se registran 100 terremotos en el país, lo que equivale a un terremoto cada 3.8 años². Estos datos incluso podrían ser mayores, ya que puede haber muchos de los cuales no tenemos registro. Sólo en la región del Bío-Bío podríamos nombrar algunos de los más significativos: el terremoto y maremoto de 1657, el terremoto de 1687, el maremoto de 1730, los terremotos de 1751, 1835, 1939, 1960 y el terremoto y maremoto de 2010. De estos podríamos mencionar 4 absolutamente claves en la historia regional, el de 1751 obligó al traslado de la ciudad de Concepción desde Penco al Valle de la Mocha, entre el río Andalién y el Bío-Bío. La devastación en aquella oportunidad fue total no sólo por efecto del terremoto, sino porque después fue arrastrado todo por el tsunami. En segundo lugar está el de 1835, este fue tan impactante que a ese año se le llamó “la ruina”, según el relato del Intendente interino de Concepción Ramón Boza

*Un terremoto tremendo ha concluido con esta población. No hay un templo, una casa pública, una particular, un solo cuarto; todo ha concluido: la ruina es completa. El horror ha sido espantoso. No hay esperanzas en Concepción. Las familias andan errantes i fujitivas; no hay albergue seguro que las esconda; todo, todo ha concluido; nuestro siglo no ha visto una ruina tan excesiva i tan completa*³.

El tercero es el llamado terremoto de Chillán de 1939, es el sismo que provocó más víctimas en las catástrofes naturales del país, tuvo una magnitud de 7,8 en la escala Richter y una intensidad X (desastroso) en la escala de Mercalli, allí murieron entre 10.000 y 24.000 personas. El último es el terremoto de 1960 (21 y 22 de mayo) que tuvo su epicentro en Valdivia, pero asoló a todas las regiones del sur del país, dejando una vez más duramente golpeadas a las ciudades de la región, “*el diario el Sur publicaba la noticia de que el nuevo terremoto ocurrido en la noche era grado 6 y en Concepción hay 18.000 personas sin hogar, 4.000 casas destruidas y 3.000 inhabitables*”⁴. Producto de estos movimientos telúricos se producen transformaciones en la fisonomía urbana de Concepción. Los desplazamientos de población dan origen a nuevas poblaciones, que se convertirán en núcleos urbanos que nutren el movimiento de pobladores de la segunda mitad del siglo XX. Estos dos últimos sismos están presentes en la memoria colectiva de la población⁵.

Considerando nuestra historia reciente marcada por estos “eventos” de la naturaleza, sorprende la falta de protocolos y fundamentalmente la incapacidad de reacción de un poder público y también privado que pareciera sentirse superior frente a la naturaleza. Uno puede preguntarse frente a esta situación ¿Qué fue lo que salvó muchas vidas? La respuesta puede ser bastante

² Rolando Mellafe, “El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades”, en Rolando Mellafe, *Historia social de Chile y América* (1ª edición 1986), Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2004.

³ <http://www.angelfire.com/nt/terremotoConce1835/>

⁴ http://www2.udec.cl/gema/Terr_siglo_XX/21y22_5_1960.html

⁵ En el estudio sobre fortalecimiento de las identidades regionales que se hicieron a nivel nacional el año 2009 y que en la Región del Bío-Bío fue realizado por la Universidad del Bío-Bío, en colaboración con el Dpto. de Sociología y Antropología de la Universidad de Concepción, y dirigido por la antropóloga Magaly Mella, se investigó sobre las identidades regionales recuperando la memoria colectiva, a fin de reconocer hitos emblemáticos. En este estudio apareció de manera espontánea en la memoria de los actores y sujetos con los cuales dialogamos la importancia que tuvieron los terremotos del siglo XX y el reconocimiento de ciertos barrios emblemáticos que se constituyen a partir de los desplazamientos de población provocados por dichos sismos. Mayor información en el sitio web www.identidadbiobio.cl

simple: la sabiduría popular, ya que permitió reaccionar frente a la eventualidad de un tsunami. La gente que en toda la zona costera, por ejemplo de la región del Bío-Bío, no esperó la alerta de tsunami o simplemente no obedeció a las autoridades que le decían que no ocurriría y, sin esperar confirmación, se fue a los cerros. La destrucción material de los bordes costeros no podría haberse evitado –quizás discutiendo más seriamente los emplazamientos–, pero eso también es relativo porque la gente que vive y trabaja de cara al mar sabe que es frágil y vive **en y con** esa fragilidad y construye y reconstruye sus vidas a partir de la certeza de la debilidad. Eso es algo que en este Bicentenario deberíamos reconocer y validar. El caso de ciudades como Talcahuano puede ser más complejo, porque creo que no todos sus habitantes viven de frente al mar, y mucha gente no tiene una memoria histórica al respecto y para muchos su hábitat costero no es más que una opción habitacional pragmática, y que sí esperaron que les dijeran si debían abandonar sus pertenencias y aun habiéndoles avisado, cabe preguntarse si hubieran estado dispuestos a abandonar efectivamente sus casas, quizás ahí estuvieron la mayor cantidad de muertes. Quien vive mirando al mar sabe que frente a un terremoto de la magnitud del que vivimos el 27 de febrero no se puede esperar a que den el aviso, la reacción debe ser inmediata, y eso fue lo que se hizo en la mayoría de los sectores costeros, al menos en la región del Bío-Bío.

Pensarnos en la región

La segunda perspectiva de la reflexión propuesta me parece la más interesante de analizar, aquella que dice relación con pensarnos **en la región**, con sus desastres naturales. Esto significa cómo comprendernos a nosotras/os mismas/os desde lo que el historiador Rolando Mellafe llamaba “el acontecer infausto” que –según su planteamiento– moldea el carácter chileno, lo cual define como “*un diálogo constante e inconsciente de la síquis con la naturaleza. El acontecer infausto tiraniza este diálogo, obliga a toda una sociedad a enfrentarse, a través de su yo con los estratos más profundos de su existencia espiritual, con el alba de su propia síquis*”⁶. Frente a ello las reacciones individuales y colectivas son emocionales y no racionales, algunos relatos del terremoto de Santiago de 1647 descritos por Miguel Luis Amunátegui iluminan nuestra argumentación:

Un desesperado coro de lamentos i súplicas, formado por voces discordantes de hombres, mujeres y niños, se levantaba hacia el cielo. Quiénes imploraban la misericordia divina. Quiénes publicaban a gritos sus pecados. Quiénes pedían perdón a sus prójimos, o a Dios. Quiénes perdían el sentido y se desmayaban. Quiénes llamaban a sus deudos, sin que éstos les respondiesen. Quiénes en medio de la desolación general, se entregaban al contento de abrazar a un padre, a una esposa, a un hijo, que habían temido perder para siempre...⁷.

Quiénes sobrevivieron debieron caminar entre las calle avergonzados de lo revelado, bajando la vista y acelerando el paso. Esto develaba el hecho que el acontecer infausto se explica también desde lo sobrenatural, era la manifestación de Dios o de una deidad poderosa y por lo tanto se asociaba a los comportamientos de la sociedad, es decir, tenía “*relación con el pecado y la gracia, con el mal y su reparación*”⁸. Esto nos lleva también a relevar todos los códigos no racionales que provocan temor y que aparecen como signos inequívocos del acontecer infausto del cual fuimos testigos en el año del Bicentenario: ‘que había habido mucho calor’, ‘que había luna llena’, ‘que los comportamientos de los animales cambiaron’, etc. Todas explicaciones posteriores que se construyen como una forma de dar respuesta a lo incierto, “*el efecto síquico*

⁶ Mellafe, *op. cit.*, 287.

⁷ Miguel Luis Amunátegui, *El terremoto del 13 de mayo de 1647*, Santiago de Chile, Rafael Jover Editor, 1882.

⁸ Mellafe, *op. cit.*, 286.

*del terremoto es que un mundo físico que está perfectamente armado y equilibrado se deshace, se desarma, se produce un caos*⁹. Las certidumbres se deshacen, al moverse la tierra, se mueve todo y nos movemos todas/os y eso hace que afloren desde nuestro yo interior las más insospechadas actitudes.

Una de las cuestiones que me parece más interesante es el temor al otro que surge en estos eventos. Vuelvo a tomar de ejemplo el escrito de Amunátegui sobre el terremoto de 1647, sobre el profundo temor, ya no a lo natural, sino a lo social, expresado en las palabras del obispo Villarroel frente al miedo que

*...los enemigos domésticos” quisiesen “pescar en río turbio”*¹⁰.

*Era, pues, muy temible que los negros y los indios, tan atrozmente vejados por los españoles, quisieron aprovecharse de la perturbación causada por el terremoto, a fin de obtener venganza y libertad*¹¹.

El terremoto que ponía a los sujetos frente a una situación de precariedad desata también los principales temores. Así, los santiaguinos del siglo XVII temían la rebelión indígena que pusiera en riesgo su propia acumulación, la mayor parte de las veces obtenida de maneras al filo de lo moralmente lícito.

El terremoto que vivimos hace unos meses pone en evidencia también los temores que las personas han ido construyendo, podemos reconocer los siguientes:

En primer lugar, el temor a que los sistemas dejaran de funcionar, que el desabastecimiento nos hiciera pasar necesidades. Por eso, la gente del Gran Concepción, tempranamente salió a saquear negocios y supermercados, no confió en nuestro desarrollo y por lo tanto no confió en las instituciones. Esto es, a mi juicio, una cuestión clave al momento de leer nuestro devenir bajo el eje del Bicentenario. A pesar de los innegables avances que como sociedad hemos tenido, sobre todo una vez concluida la cruenta dictadura militar, la población de nuestro país, se convenció que el bienestar pasa esencialmente por el empuje personal. La posibilidad de alcanzar un mayor bienestar social, solo se alcanza a partir de nuestro propio esfuerzo y de nuestros entornos más inmediatos. No confiamos en nuestras instituciones y su capacidad de resolver los problemas dentro de los marcos establecidos; por ello, cuando nos sentimos sobrepasados por un individualismo exacerbado, el clamor popular pedía la intervención militar. Frente a la inseguridad de la institucionalidad, no quedaba más que recurrir al autoritarismo y el uso de la fuerza como mecanismo para retornar a la racionalidad, estábamos tras la búsqueda de seguridad. Pero la salida más o menos temprana de los militares en la calle no hubiese solucionado de manera muy radical el problema, porque la reacción de la población fue más rápida que la posibilidad de buscar soluciones, a los 15 minutos del terremoto ya estaban siendo saqueados algunos supermercados. Aquí no hubo distinciones de clase, el pobre y el rico dejaron de confiar en la institucionalidad y estuvieron dispuestos a poner en riesgo su propia seguridad y la de su familia. Esta fue indudablemente una actitud irracional, movida (salvo en el caso de la delincuencia “de oficio”) por el temor de lo que podía venir y la incertidumbre surgida ante la poca confianza en la institucionalidad para solucionar los problemas más cotidianos.

Un segundo temor, más inexplicable, fue el miedo al otro invasor que ponía en riesgo *mi propio* proceso de acumulación, y por el que tenía que defenderme y armarme hasta los dientes. La diferencia con el relato de 1647, es que para la sociedad hispano-criolla dominadora el enemigo

⁹ *Ibid.*, 287.

¹⁰ Amunátegui, *op. cit.*, 401.

¹¹ *Ibid.*, 405.

era claro, eran los subalternos, es decir, los indígenas y los negros, y su temor se fundaba en los malos tratos que continuamente recibían de su parte y obviamente sus deseos de venganza eran, incluso para los propios españoles, comprensibles. En nuestra experiencia local, lo que se evidenció fue el individualismo del proceso de acumulación, había que defender “lo mío”, “lo que acumulé con mi esfuerzo y el de mi familia”, la defensa de estos espacios de seguridad sólo puede comprenderse a partir de los entornos sociales que se construyen en la constatación de “ser iguales”, por ello nos hemos convertido en una sociedad cada vez más segregada, vivimos en barrios “de iguales”, estudiamos en colegios “de iguales”, nos divertimos en espacios “de iguales”, etc. Frente a esta construcción social el enemigo era difuso y todas/os eran simultáneamente los buenos y los malos. Las actitudes anteriores hicieron que los temores se hicieran más patentes. Si en el fondo todos los que defendieron sus pertenencias y a sus familias armados con palos o armas de fuego, lo hicieron porque se temía que de las poblaciones vecinas podían venir a saquear nuestras pertenencias, esto puso en evidencia que nuestro supuesto espíritu solidario no es más que un recurso televisivo, que nos permite limpiar nuestras conciencias, al menos una vez al año; pero que no tiene un asidero en nuestras conductas cotidianas, ya que si podemos arrebatarle el estacionamiento al que está esperando, lo hacemos felices de ser “más pillos”. Si podemos tirarle nuestro auto más grande encima al que tiene uno más pequeño lo hacemos contentos de nuestra superioridad. Creo que nosotros como sociedad no somos solidarios, eso es un mito y el terremoto lo evidenció. Frente a una actitud cotidianamente agresiva con el otro, los miedos frente a la fragilidad que se vivía, eran evidentes. Yo temo al otro, por eso me uno sólo a “mis iguales”, los que viven a mi lado, los que tienen experiencias de acumulación similares, allí me siento seguro, porque sabemos que ellos sienten lo mismo.

Hombres y Mujeres frente a los sucesos

Las experiencias vividas en los últimos meses en las zonas devastadas por el terremoto en este año del Bicentenario, nos permiten hacer un análisis de los comportamientos de las personas desde su condición sexuada, reflexionando sobre las actitudes diferenciadas por género que se vivieron frente al terremoto y que creo que también son elementos centrales para pensar la reconstrucción. No pretendo hacer un juicio sobre los comportamientos, sino simplemente una aproximación que intenta problematizar y releer las experiencias cotidianas recogidas en las múltiples conversaciones, algunas sistematizadas y otras no, acerca de cómo vivimos la experiencia del terremoto en el espacio más íntimo de la familia y cómo nos organizamos en los entornos sociales más inmediatos. Esto me parece interesante, ya que nos permitirá reconocer los patrones culturales que hemos construido en nuestro devenir histórico.

En primer lugar, cómo reaccionaron los varones y cómo el terremoto puso a prueba la construcción de su masculinidad. Lo interesante de esta mirada, es que los comportamientos se inscriben dentro de las lógicas de las incertidumbres y la pérdida de las certezas que se vivenciaron. Los patrones culturales de la masculinidad se han construido sobre la base de la capacidad de los varones de cumplir con el mandato de ser los sujetos fuertes, racionales y con la capacidad de sostener y proteger a sus familias. Desde un punto de vista histórico este patrón de masculinidad, extendido como un modelo hegemónico y naturalizado, va de la mano con la modernización capitalista de fines del siglo XIX, y forma parte de las estrategias de disciplinamiento social, que tenían por objeto frenar los conflictos sociales que estaban fracturando el sistema oligárquico chileno en la celebración del Centenario. El modelo de masculinidad basado en un hombre responsable de la familia es el que nutre gran parte de las políticas públicas y privadas en el siglo XX¹². Ese patrón cultural fue tensionado hasta el límite,

¹² Este modelo de masculinidad es diferente al modelo dominante en los sectores populares desde la colonia hasta gran parte del siglo XIX, y que tenía como referente al peonaje masculino que centraba su

no sólo frente a una naturaleza indómita representada en los minutos que duró el terremoto y las horas inmediatamente posteriores, sino en las negociaciones cotidianas en un período de al menos 7 a 10 días en que el gran Concepción estuvo paralizado.

En los relatos de algunas familias recogidas de manera informal post terremoto nos pudimos dar cuenta de la existencia de un elemento que era común en casi todas ellas, las reacciones de los varones estuvieron casi siempre en el límite de lo irracional. Dos elementos explicarían estos comportamientos, por un lado ellos vivieron el estrés de manera mucho más intensa, porque de alguna manera lo que se puso a prueba fue su propia masculinidad. El tener que ser proveedores, fuertes, protectores, se vino al suelo junto con el terremoto. Dejaron de tener el control de las cosas y comenzaron muchos a actuar de manera casi irracional. Hubo algunos que a los pocos minutos del terremoto insistían en buscar los instrumentos básicos para momentos de emergencia, como por ejemplo las linternas, cuando la cantidad de cosas caídas y la oscuridad de la madrugada hacían imposible encontrar cualquier cosa, reclamando a viva voz porque “nada está en su lugar”, otros sacaron a las familias rápidamente de las casas, sin evaluar los verdaderos riesgos de salir a la calle en esas circunstancias, otros manejaron de manera imprudente tratante vanamente de llegar algún lugar. Uno de los ejemplos emblemáticos fue con el que partí este relato. Esto me parece interesante porque evidencia como el terremoto puso a prueba las certezas de las masculinidades hegemónicas y el temor de no cumplir con el *deber ser*, los hizo actuar de manera irracional. No intentamos generalizar, porque es cierto que muchas personas - hombres y mujeres - se vieron absolutamente sobrepasados por las circunstancias y actuaron muchas veces de manera simplemente instintiva; pero si nos parece importante reconocer ciertos elementos culturales que se evidencian en dichos comportamientos¹³.

Un segundo aspecto a considerar en este análisis y que, quizás, es el más interesante desde una perspectiva de género, es lo que sucedió en los días posteriores al terremoto. El gran Concepción estuvo al menos unos diez días paralizado. Eso significó que muchos de los miembros de las familias dejaron de asistir a sus trabajos y tuvieron que generar estrategias de subsistencia desde los espacios cotidianos y en los entornos sociales más próximos. El modelo de la masculinidad tradicional fue puesto a prueba, ya que el campo desde el cual se iban generando las soluciones no era el espacio cotidianamente ocupado por ellos, el resolver problemas como el alimento diario, el lavado de loza, el lavado de ropa, el aseo, etc., no fue fácil, en tanto la división sexual del trabajo tradicional se había roto y fue necesario crear otras formas para dividir el trabajo cotidiano. Pero los problemas de inseguridad provocada por los estallidos de violencia social, manifestada en los saqueos a supermercados y tiendas de las ciudades les permitieron encontrar espacios de reafirmación de su masculinidad, cumpliendo nuevamente con el mandato de seguridad y protección a sus familias. En ese momento se agruparon con otros varones de sus barrios y decidieron juntos salir a defender su territorio y a sus familias. Lograron armarse, hacer turnos de vigilancia, crear estrategias de defensa y convirtieron el aparente caos social en un espacio de sociabilidad y de reafirmación de su masculinidad. Este es uno de los aspectos interesantes para un análisis desde las ciencias

identidad en la autonomía y la capacidad de desplazamiento entre distintos espacios productivos; que no constituía familias estables y donde la “paternidad responsable” estaba fuera de los marcos identitarios. Mayor información en Alejandra Brito, *De mujer independiente a madre, de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena. 1880 – 1930*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2005.

¹³ Aquí nos referimos principalmente a las familias que no se vieron afectadas de manera radical por el terremoto o el tsunami, ya que la situación de quienes perdieron sus casas y/o algún miembro de su familia producto del terremoto o el maremoto vivieron una situación límite, y por lo tanto no intentamos analizar sus comportamientos, en busca de claves de comprensión cultural.

sociales, y del cual me imagino que en los años venideros se escribirá bastante, al tratar de explicar los niveles de temor y de inseguridad social que se vivieron. Qué hace que una población con niveles de vida más o menos aceptables, hayan sido capaces de generar tal nivel de paranoia y de desconfianza.

Creo que esto pone en tela de juicio –como ya lo decíamos– nuestro supuesto espíritu solidario, ya que fuimos capaces de pensar que los vecinos de poblaciones cercanas podrían ir a saquear nuestros hogares, y esto no sólo se dio en aquellos barrios donde los niveles de acumulación y de desigualdad social se hacen más evidentes, sino que también en barrios populares donde llegamos a pensar que nuestros vecinos de las otras poblaciones querían arrebatar nos nuestras pertenencias. Ya transcurridos varios meses del terremoto, se sabe que saqueos a viviendas prácticamente no se dieron, y si ocurrieron fueron hechos aislados. Es por ello que creo que uno de los elementos que puede iluminar el análisis de estos hechos, está en la necesidad de los varones de reencontrar su validación. Por ello, se ufanaban de las armas con las cuales contaban. El relato de algunas personas muestra que aparecieron muchas más armas de fuego de lo que era posible imaginar que nuestros vecinos y amigos tenían. Estas instancias de organización de supuesta solidaridad que se vivieron en muchos barrios, no hace más que evidenciar, a mi juicio, el profundo temor en el cual vivimos como sociedad. Por ello la respuesta fue tan inmediata y por ello en la mayoría de las poblaciones organizadas para la defensa fueron los varones los que se convirtieron en sujetos protagónicos, porque encontraron en esa experiencia el camino para reencontrarse con su masculinidad puesta a prueba.

La situación de las mujeres fue un tanto diferente, por un lado, fueron menos exigidas socialmente, en tanto su *deber ser* las instala como sujetos a los cuales había que proteger y, por otro lado, *el ser* de las mujeres está mucho más nutrido de experiencias que constituyen memoria histórica, en la generación de estrategias de sobrevivencia, apelando a los espacios colectivos construidos por las propias mujeres. La historia de las mujeres populares de nuestro país las muestra como responsables de la familia y de la construcción de los espacios cotidianos, cuyo límites son mucho más amplios ya que debieron no sólo cumplir la función de madres y, por lo tanto, encarnando un marianismo que las visualiza desde su carácter de cuidadoras y desde su condición nutricia¹⁴, sino también como constructoras de las estrategias de sobrevivencia para sus familias, a través de la generación de recursos a partir del ejercicio de múltiples oficios¹⁵. Frente a los hechos ocurridos tras el terremoto las mujeres fueron las que, en muchos casos, debieron organizar los espacios cotidianos, distribuyendo las tareas a fin de organizar las prioridades. Indudablemente, esto se hizo debido a que el espacio de lo doméstico se constituye en un espacio de conocimiento transmitido generacionalmente y del cual las mujeres hemos aprendido a hacernos cargo, aun cuando se participe en el mercado laboral fuera de los hogares, la organización cotidiana de los hogares se considera nuestra responsabilidad. Es por ello que no fue difícil el organizar las tareas más simples y más

¹⁴ Mayor información sobre el marianismo como referente en la construcción de la identidad femenina en Sonia Montecino, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, Santiago de Chile, Ediciones Cuarto Propio/CEDEM, 1991; Maximiliano Salinas, "La vida cotidiana en Chile", en Enrique Dusel y otros, *Historia General de la Iglesia en América Latina. IX. Cono sur (Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay)*, Salamanca, CEHILA, Ediciones Sígueme, 1994.

¹⁵ Mayor información en Alejandra Brito, "Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile (1850-1920)", en Lorena Godoy, Elizabeth Hutchinson, Karin Roseblatt, Karin y María Soledad Zárate, *Disciplina y Desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, SUR/CEDEM, 1995, 27-69; Alejandra Brito, "Mujeres del mundo popular urbano. La búsqueda de un espacio", en Sonia Montecino (comp.), *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*, Santiago de Chile, Editorial Catalonia, 2008, 119-128; Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago de Chile, Ediciones SUR, 1985.

complejas del día a día, que iba desde la recolección de agua, hasta la preparación de alimentos, optimizando los recursos, para los cuales se organizan colectivamente en sus barrios. La división sexual del trabajo surgida en el post-terremoto vuelve a los niveles más básicos de la organización social, instalando a las mujeres en lo reproductivo y asignando a los varones la tarea de la seguridad.

Otro aspecto destacado y que constituye un elemento central al momento de pensar la reconstrucción en este año del Bicentenario es el surgimiento de los liderazgos femeninos en los sectores más afectados por el terremoto y tsunami, esencialmente en el borde costero. En los campamentos (eufemísticamente llamados aldeas por las autoridades) instalados en dichas zonas, en condiciones materiales de absoluta precariedad, han sido las mujeres quienes han asumido mayoritariamente las voces para dialogar con los poderes públicos y privados, y quienes han desarrollado una capacidad para organizarse, ya sea para acopiar y repartir las ayudas públicas y privadas que llegan, como para interpelar a las autoridades por soluciones más rápidas y más dignas. Uno de los aspectos destacados en estos liderazgos es el llamado a validar las comunidades como espacios para la acción colectiva, más allá de la consideración de un espacio natural de apoyo, sino también relevar la capacidad para articular desde el territorio las soluciones prácticas. De acuerdo a lo expresado por las mujeres *“los liderazgos femeninos sostienen el país post-catástrofe”*¹⁶. Para algunos puede ser una declaración demasiado grandilocuente, pero para muchas mujeres que viven en estos campamentos se transforma en una lucha diaria, y en la celebración del Bicentenario no debemos olvidar los aprendizajes construidos en nuestro camino para soñarnos en un diálogo más armónico con la naturaleza y avanzar hacia constituir una sociedad sin injusticias y sin desigualdades.

¹⁶ Esta frase fue obtenida de un encuentro con más de 150 mujeres en un Seminario-Taller **Reconstruir el país, ciudadanía, género y territorio** realizado el 5 de julio en Concepción, organizado por SUR Corporación, Universidad del Bío-Bío, Universidad de Concepción y Organizaciones de Mujeres y Organizaciones de la Sociedad Civil, desarrollado en el marco del Programa Regional: *Ciudades sin violencia hacia las mujeres: ciudades sin violencia para tod@s* de UNIFEM, implementado en Chile por SUR Corporación, integrante de la Red Mujer y Hábitat de América Latina.

Bibliografía

- Amunátegui, Miguel Luis. *El terremoto del 13 de mayo de 1647*. Santiago de Chile: Rafael Jover Editor, 1882.
- Brito, Alejandra. "Mujeres del mundo popular urbano. La búsqueda de un espacio", *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una historia*, Sonia Montecino (comp.). Santiago de Chile: Editorial Catalonia, 2008, 119-128.
- Brito, Alejandra. *De mujer independiente a madre, de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena. 1880 – 1930*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2005.
- Brito, Alejandra. "Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina, Santiago de Chile (1850-1920)". *Disciplina y Desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: SUR/CEDEM, 1995, 27-69.
- Mellafe, Rolando. "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades". *Historia social de Chile y América*, (1ª edición, 1986). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile: Ediciones Cuarto Propio/CEDEM, 1991.
- Salazar Gabriel. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1985.
- Salinas, Maximiliano. "La vida cotidiana en Chile". *Historia General de la Iglesia en América Latina. IX. Cono sur (Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay)*. Salamanca: CEHILA, Ediciones Sígueme, 1994.

